

UNIVERSIDAD NACIONAL
DEL LITORAL

UNIVERSIDAD NACIONAL
DE ENTRE RÍOS



E. F. KNIGHT



LA EXPEDICIÓN DEL FALCON

COLECCIÓN



— EL PAÍS —
DEL SAUCE

Director de la colección
SERGIO DELGADO

UNIVERSIDAD NACIONAL
DEL LITORAL

UNIVERSIDAD NACIONAL
DE ENTRE RÍOS

LA EXPEDICIÓN DEL FALCON

E. F. KNIGHT



Traducción, introducción, cronología, bibliografía y notas

ERNESTO INOUBE

Asistencia en traducción: Andrea Inouye

COLECCIÓN



~ EL PAÍS ~
DEL SAUCE

KNIGHT, EDWARD FREDERICK (1852-1925)

La expedición del Falcon / E. F. Knight
traducido, prologado y comentado por Ernesto Inouye ;
coordinado por Guillermo Mondejar ;

1.ª ed. :

Paraná : Universidad Nacional de Entre Ríos, UNER, 2024 ;

Santa Fe : Universidad Nacional del Litoral, UNL, 2024 ;

256 pp. ; 23 x 16 cm (El país del sauce / Sergio Delgado; 18)

ISBN: 978-950-698-561-5

820 1. Literatura. I. Inouye, Ernesto, prolog., traduc. y coment. II. Delgado, Sergio, dir. col.
CDD III. Mondejar, Guillermo, coord.

Título original: *The Cruise of the Falcon*

Traducción, introducción, cronología, bibliografía y notas

ERNESTO INOUYE

Director de la colección El País del Sauce

SERGIO DELGADO

Coordinación editorial

GUILLERMO MONDEJAR

Diseño

MANUEL SIRI

Corrección

PAOLA CALABRETTA

Realizado con el apoyo del Fondo Nacional de las Artes



© EDUNER, 2024

© EDICIONES UNL, 2024

© Ernesto Inouye

© Manuel Siri, ilustración de tapa: *Falcon*, 2024.

EDUNER, Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos
Andrés Pazos 406 – E3100FHJ – Paraná, Entre Ríos, Argentina
eduner@uner.edu.ar – www.eduner.uner.edu.ar

EDICIONES UNL, Universidad Nacional del Litoral
Facundo Zuviría 3563 – S3002EXA – Santa Fe, Argentina
editorial@unl.edu.ar – www.unl.edu.ar/editorial

Queda hecho el depósito que marca la ley 11 723.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11 723 y 25 446.

Editado e impreso en Argentina.



Imagen tomada del libro *Reminiscences. The Wanderings of a Yachtsman and War Correspondent*. Lleva el epígrafe «On board Falcon II, 1915».

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. <i>Por Ernesto Inouye</i>	IX
Lejano sur soleado [IX] ~ Smal-Boat Sailing [XIV] ~	
Tocar la distancia [XXII] ~ Guerra Guasú [XXXI]	

NOTAS SOBRE ESTA EDICIÓN	XLI
--------------------------------	-----

LA EXPEDICIÓN DEL FALCON. *E. F. Knight*

I. Regreso a Buenos Aires	3
II. Navegamos hacia Paraguay	15
III. Deporte en el Paraná	31
IV. El Gran Chaco	47
V. La provincia de Corrientes	61
VI. Paraguay	75
VII. Villa Pilar	91
VIII. Asunción	105
IX. Nuestras aventuras en Areguá	119
X. El descenso de los ríos	135
XI. Embarca una nueva tripulación	151

ANEXO

Itinerario del viaje de Knight a Sudamérica	166
Itinerario de Knight por los ríos Paraná y Paraguay, y recorrido terrestre por Argentina	167
Viajes de Knight por el mundo	168
Mapa del itinerario de viaje, 4. ^a edición de <i>The Cruise of the Falcon</i> ..	170
Mapa de los itinerarios terrestre y fluvial por territorios argentino y paraguayo, 4. ^a edición de <i>The Cruise of the Falcon</i>	171

Portada de <i>The Cruise of the Falcon</i> , 1. ^a edición	172
Ilustración del yate Falcon, 1. ^a edición de <i>The Cruise of the Falcon</i>	173
Tapa de <i>Sailing</i> , 1. ^a edición	174
Sobrecubierta y tapa de <i>Small-Boat Sailing</i> , 1. ^a edición	175
Tapa y páginas de <i>The Falcon on the Baltic</i> , 1. ^a edición	176
«El cutter “Falcon”», <i>La Capital</i> , Rosario, 18 de enero de 1881	178
Página del <i>Lloyds Register of Yachts</i>	179
Fotografía de oficiales extranjeros y corresponsales, batalla de Sha-ho, 1904	180
«¿Famoso corresponsal asesinado?», <i>New York Times</i> , 29 de junio de 1904	181
Fotografía del buque Ophir, que transportó a los duques de York en 1901	182
Dibujos del Westminster School, siglo XIX	183
CRONOLOGÍA	187
BIBLIOGRAFÍA	205
Obras del autor [205] ~ Bibliografía general [206]	

III. DEPORTE EN EL PARANÁ

Un rostro amable nos recibió al desembarcar en el muelle —era el de nuestro viejo anfitrión, Keenan,^a que había escuchado decir al capitán del vapor Tridente que nos había visto por la mañana y que lo más probable era que estuviéramos en el puerto antes del anochecer—. Unas *stouts* británicas pronto nos reconfortaron en su bar después de la obligada abstinencia de los últimos días; y luego, por miedo a desaprovechar cualquier valiosa ráfaga que empezara a soplar, nos pusimos manos a la obra para adquirir un buen suministro de provisiones. Carne vacuna, media res a dos centavos la libra, papas, zapallos, cebollas y otras delicias; tres damajuanas de vino y una cantidad suficiente de caña Havannah para rellenar nuestro barril de ron. También compramos un poco de pintura para embellecer el Falcon antes de llegar a la capital del Paraguay.

El comerciante que nos vendió estas cosas dirigió la cuenta a «El señor don milor inglés, a bordo del jot». He visto la palabra *yacht* escrita de muchas formas curiosas, como *yatch*, *yot* y *yat*, pero nunca antes como *jot*.

Mientras hacíamos las compras vimos a un anglosajón, un desconocido, tambaleándose hacia nosotros por la vereda de una manera que delataba caña y muchas otras cosas. Nos miró y se puso de repente frente a nosotros. Se balanceó por unos instantes, mirándonos con sus ojos vidriosos, y entonces con enorme solemnidad profirió las siguientes palabras:

a. Se trata del anfitrión del hotel inglés de Rosario, lugar donde se hospedaron los viajeros unos meses previos, cuando pasaron por la ciudad rumbo a Tucumán. Esta escena se relata en el capítulo VIII del primer tomo.

—Acaso, por mi andar, imaginen que estoy ebrio; mas no es así, tengo callos.

Habiendo de este modo aclarado su conducta, se dejó caer sobre un confortable montículo que había en la vereda y se quedó dormido.

Nos procuramos en el banco algunas monedas de plata bolivianas y peruanas antes de navegar, ya que estábamos por visitar otra vez regiones sin billetes. Hicimos aún otra muy provechosa inversión, un acordeón grande y un ruidoso organillo por el que rodaron cuatro melodías: el vals *Danubio azul*, una ligera de *Les cloches de Corneville*, una reminiscencia de *La Grande-Duchesse*, y un frenético y bullicioso cancán. Estas adquisiciones fueron realizadas a instancias de nuestro práctico, Don Juan, que dijo que serían muy necesarias en Paraguay, donde nos veríamos obligados a ofrecer ocasionalmente algún baile, como es la costumbre para cualquier distinguido viajero como nosotros.

Ya era tarde cuando regresamos a la playa esa noche para embarcar. Arthur y Jim estaban dormidos, por lo que no escucharon nuestros sonoros: «¡Atención, Falcon!». Buscamos algún bote en la orilla que pudiera llevarnos; había en cantidades, pero hombres ninguno, y lo que era más importante, ni un solo remo. Había una construcción enorme y achaparrada en la costa, que se veía bien iluminada, y en la que, por el ruido que provenía de allí, era evidente que estaba en marcha un alegre *baile*. Pensamos que en ese lugar podríamos cruzarnos con el dueño de alguno de los botes; no estábamos equivocados en nuestra suposición. Nos acercamos a la puerta del salón junto a la que había parados dos serenos o guardias; palpaban a cada persona que ingresaba para corroborar que nadie estuviera llevando ningún cuchillo encima porque tenían que ser dejados afuera. Esta precaución se toma habitualmente en estos no muy aristocráticos *bailes* públicos en los barrios populares de los puertos sudamericanos; ninguna de estas son medidas vanas, a juzgar por la fisonomía de quienes frecuentan estos lugares.

Entramos al salón de baile, un gigantesco ambiente blanqueado a la cal, decorado con trozos de papeles de colores. En los tabloncillos de

madera que hacían de barra, un judío mestizo muy desagradable vendía un gin horroroso y una caña más horrorosa todavía. Los invitados eran marineros italianos y griegos, todos en mangas de camisa, y algunas *chinas*^a jóvenes con cualquier cosa menos belleza deslumbrante, falta que compensaban con una extrema amabilidad en sus modales —en algunos casos, debería decirse, demasiada amabilidad—. Elegimos un barquero y lo persuadimos, con una moneda de plata como pago, para que abandonara por un momento a su pechugona compañera de baile y nos llevara remando hasta el Falcon. Al comienzo se negó rotundamente a ir y nos explicó sus razones. No podía confiar en dejar sola a la señorita de sus afectos —ella se iría con algún otro mientras él estuviera afuera—. Pero nosotros no íbamos a salir de ahí a esas horas de la noche sin hacer antes un esfuerzo. Entonces le explicamos la situación a la joven señorita, mientras se abanicaba su rostro acalorado, y le imploramos que le prometiera a su marinero no fugarse deslealmente con algún otro amante durante su ausencia. La ninfa se negó indignada a verse atada a cualquier juramento como ese y se alejó caminando orgullosa con su pequeña nariz al aire, cuando, como último recurso, le recordamos que por su frivolidad y obstinación el barquero perdería un dólar. La mención de semejante monto la conmovió; se dio vuelta y dijo pensativamente:

—Un dólar...

—Sí —continué —, una moneda de plata boliviana.

Titubeaba y se la veía confundida. Estuvo sumergida en meditaciones por un rato, cuando de repente le surgió un dichoso pensamiento y dijo:

—Con la condición de que don Alfonso prometa no gastarse ni una parte de ese dólar hasta que regrese aquí conmigo, lo esperaré.

El cautivado pretendiente se comprometió feliz a cumplir su deseo; entonces, después de media hora de diplomacia, nos llevó remando hasta nuestra embarcación.

a. Voz de origen quechua que significa «hembra». Escribe «chiña».

[...]

El 16 de junio el viento soplaba del norte pero había señales de un cambio de clima en ese cielo amenazante. No existe ningún lugar donde la salud y el espíritu del hombre estén tan sujetos al estado del clima como sucede en el Río de la Plata, y esto no es difícil de explicar. Se dice que esta es una de las zonas más eléctricas del mundo, y sin duda en ningún otro lugar los fenómenos producidos por las alteraciones eléctricas son más hermosas y terroríficas.

Nadie puede residir aquí, incluso durante unos pocos meses, sin dejar de comprobar una regla muy general en los cambios meteorológicos en esta parte del continente. Durante días, o bien semanas, el viento soplará desde el norte, y a lo largo de ese lapso el clima se irá volviendo cada vez más sofocante, más y más opresivo, con la electricidad contenida, hasta que finalmente, para alivio de toda la naturaleza, se escuchará el estallido de un trueno y lluvia a raudales, y el huracán helado del pampero barrerá el suelo reseco, con más o menos violencia según la duración anterior del viento norte, y también por consiguiente la mayor o menor intensidad de esa extraordinaria condición eléctrica de la atmósfera.

Durante cuatro días estuvo soplando el norte, y ahora, el 16, el clima se había vuelto intolerablemente opresivo. El viento caliente, que marchita, parecía secar los poros de la piel, y nos agotó tanto a todos con su aliento ponzoñoso que estábamos tan lánguidos y molestos incluso como para comer nuestros desayunos, o remar a la orilla, o realizar el más leve esfuerzo. Y era así no sólo para nosotros sino también para toda la vida animal. La ribera, normalmente tan ruidosa

por el canto de los pájaros, el estridente chirrido de las cigarras y otros miles de cantos entremezclados, estaba en silencio como si la muerte hubiese caído de pronto sobre la tierra. Toda la naturaleza estaba en suspenso.

Por la tarde la sensación de agobio era más intensa todavía, el aire sofocaba y el viento se había desvanecido por completo. El barómetro cayó rápidamente y a las seis de la tarde una luz rojiza llegó desde el sudoeste. La tensión estaba por romperse; la quietud impartía respeto; luego, con un sonido sibilante, el huracán llegó ascendiendo rauda por el río acompañado por lluvia copiosa, intensos relámpagos y truenos sonoros. El cielo adquirió un extraordinario y siniestro color que se reflejaba en todo el paisaje. Lo más notable fue el cambio instantáneo y violento de temperatura y la sensación general de alivio. Ahora estábamos temblando de frío ante el reconfortante vendaval y todo nuestro agotamiento se disipó en un instante.

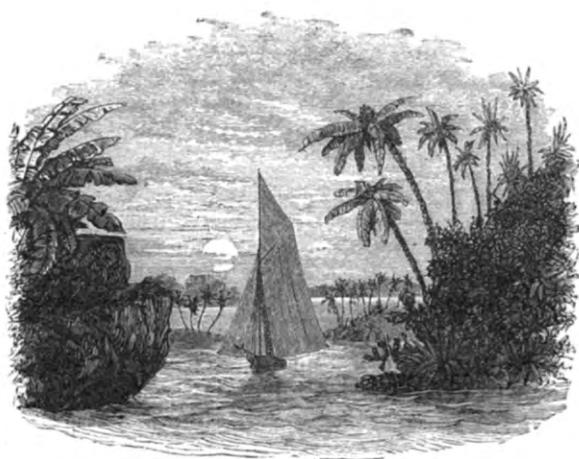
Cuando la primera ráfaga del pampero, una borrasca aterradora que duró cerca de diez minutos, había amainado, levantamos el ancla, y ascendimos veloz y alegremente con el viento a favor, hasta que poco antes del anochecer atracamos bajo un promontorio en la *barranca* llamado Punto Cerrito.

Después de esto avanzamos lentamente durante varios días, soltando y alzando el ancla a intervalos cortos, como consecuencia de las frecuentes detenciones del viento, pero ocupamos agradablemente esos muchos períodos de demoras obligadas con diversos entretenimientos en esas riberas siempre cambiantes. Yo estaba bastante sorprendido de que a ninguno de nosotros jamás le agarró fiebre después de nuestras largas caminatas por el agua bajo el sol caliente entre estos pantanos tóxicos.

Era maravillosa la habilidad de nuestro práctico para conducir la embarcación ascendiendo por los intrincados canales del Paraná. A lo largo de mil cuatrocientas millas conocía cada punto del cauce, dónde podían encontrarse las aguas profundas cuando el canal, a través de los más cambiantes bajíos, estaba siempre moviéndose de una margen a la otra del ancho río y tenía que ser descubierta por su

experimentado ojo a partir de unas apariencias que a nosotros no nos brindaban ninguna información.

Incluso con una embarcación de dos pies en lugar de una de cerca de siete sería necesario un práctico para ascender el Paraná. Ningún extraño podría encontrar el camino entre este laberinto de islas y cauces ramificados; lo más probable es que en algún momento tomara uno de estos falsos canales, como le llaman, y descubriera más tarde que había estado ascendiendo por uno de los muchos ríos del Chaco en lugar de por la red principal de canales, para reconocer finalmente su error por el vuelo de unas flechas desde la orilla o una amenazante banda de hombres desnudos a caballo, que empuñan lanzas y se acercan a la partida de leñadores.



En el Paraná